

Guerreros y campesinos: el despojo de la tierra en Colombia, de Alejandro Reyes Posada*

Bogotá: Editorial Norma / Fescol, 2009, 378 páginas.

María Rubiela Varón Sánchez**

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Con este trabajo, Alejandro Reyes Posada entrega al lector especialista una investigación esencialmente descriptiva, con un consolidado de datos estadísticos y entrevistas de gran utilidad, en la cual, en términos analíticos, básicamente pretende una vez más mostrar la contundencia, veracidad y actualidad de la hipótesis que había formulado al final de los años ochenta, momento en el que proponía un replanteamiento en los enfoques de análisis sobre los conflictos agrarios en el país y sobre el desarrollo de la guerra misma.

Basta recordar los trabajos elaborados por Reyes a finales de la década de los ochenta en los que proponía una formulación bastante sugestiva en su momento, a saber: “En Colombia los conflictos sociales por la tierra, han sido sustituidos en luchas por el dominio territorial” (“Conflicto y territorio en Colombia”, 1989), una expresión que indica el momento en que se produce un cambio significativo en el desarrollo de la guerra colombiana, una de cuyas consecuencias para los autores ha sido en gran medida la destrucción de los procesos organizativos de diversos actores sociales, entre los que se cuenta al campesinado colombiano, el cual se ha visto sometido con mayor acento durante los últimos veinte años a un permanente proceso de despojo y expoliación.

De los seis capítulos que componen esta investigación destacamos los siguientes elementos:

En primer lugar, la aproximación analítica que se realiza sobre la oposición del par violencia-poder, hecho especialmente importante para nuestro caso en particular, dado que, como es ampliamente conocido, el recurso a la violencia en nuestro país se ha hecho efectivo en términos políticos reiteradamente, bien para presionar reformas sociales, para impedir las o para recuperar la soberanía del Estado. Tomando el planteamiento inicial de la pensadora alemana Hannah Arendt, se argumenta que la dñada violencia-poder comporta una relación absolutamente

* Con colaboraciones de Liliana Duica y Francisco Thoumi.

** Estudiante de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. mrvarons@unal.edu.co

excluyente. Desde este enfoque es posible, según Reyes, dar cuenta del nefasto efecto de la prolongación del uso de la violencia en nuestro país, lo cual ha redundado en una destrucción de las posibilidades de resolución de conflictos sociales y, con ello, en un detrimento de la capacidad de organización de los diferentes actores sociales. No obstante, puede considerarse que la complejidad del conflicto colombiano obliga a tener una mirada más cautelosa en cuanto a la aplicación de una tesis como la de Arendt, puesto que, aunque en el escenario de la guerra actual son evidentes los procesos de descomposición y de enrarecimiento del carácter de la confrontación armada, no puede desconocerse de manera tajante el hecho de que lo político también acepta la violencia.

La apropiación del planteamiento arendtiano viene siendo el elemento novedoso en términos analíticos, pues, a la hora de revisar no sólo las fortalezas, sino también las debilidades de este trabajo, se hace notable la asimetría entre el peso del trabajo descriptivo con respecto al ejercicio analítico, el cual, en términos generales, es pobre.

Es así como tenemos la recapitulación y constatación de tesis muy sólidas que se habían venido planteando desde hace algún tiempo, y otras ya de vieja data —verbigracia, el examen que atañe al proceso de configuración del poder político en Colombia y su relación con la tierra como el factor de poder más permanente a lo largo de la historia colombiana—, lo que, vinculado al análisis de los diversos procesos de poblamiento del territorio colombiano —que ha dependido de formas privadas de apropiación—, da cuenta de tendencias que aún dejan profundas secuelas y que, en últimas, terminan por señalar la gran debilidad del Estado colombiano, el cual aún no cuenta con el control completo de su territorio ni, en consecuencia, con el monopolio del ejercicio legítimo de la violencia, dando lugar a una variable estructural del poder político en el país que se manifiesta en el establecimiento de la relación entre el control de la tierra y su papel en la formación de las élites regionales. El dato no es nada nuevo, pues ya desde los análisis realizados por Fernando Guillén Martínez, y por Darío Fajardo posteriormente, se ha venido trazando esa idea, aunque lo que resulta esencial para comprender la configuración del poder político actual en nuestro país es el relevo de élites que se consolida durante las últimas dos décadas, producto del proceso de acumulación de capital gestado por el narcotráfico¹, con su posterior apoyo en el aparato paramilitar. El aporte genuino de Reyes para la relación entre narcotráfico y control de la tierra lo encontramos en sus trabajos anteriores, los cuales, partiendo

1. Esto está expuesto de manera amplia y con profunda agudeza en los trabajos de Darío Betancourt Echeverry, asesinado por la mafia y el paramilitarismo a comienzos de la década de los noventa (véanse *Contrabandistas, marimberos y mafiosos: historia social de la mafia colombiana (1965-1992)*; *Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos: Valle del Cauca 1890-1997*; “Los cinco focos de la mafia colombiana (1968-1998)”, *Folios. Revista de la Facultad de Artes y Humanidades*, 2).

de un análisis cartográfico, lo llevarían a demostrar el proceso de compra masiva de tierras por parte de los narcotraficantes en áreas estratégicas.

Vinculado con lo anterior, se destaca en los datos presentados —especialmente en el capítulo quinto, dedicado al despojo de tierras por parte de los ejércitos privados de paramilitares— la diversidad de modalidades de despojo empleadas durante el conflicto armado, lo que muestra el grado de complejidad y la riqueza de los dispositivos y estrategias empleados por el narcoparamilitarismo para lograr la propiedad de tierras despojando a las comunidades rurales de su territorio. Entre otras cosas, en este apartado se constata un criterio de carácter sociológico, el cual apunta a definir que cuanto más consolidada se encuentre la estructura social, gracias a la resolución histórica de sus conflictos, es menor la posibilidad de que éstos redunden en luchas armadas, y que, por el contrario, su fragilidad la deja expuesta a la interacción de múltiples violencias, lo que, en relación con la estructura social al interior de las sociedad rural en Colombia, apunta nuevamente al histórico problema de la titulación de tierras.

Entonces, de este trabajo ha de resaltarse como otra de sus conclusiones, la atención puesta en el carácter diferenciado de la(s) violencia(s) en Colombia, donde es claro, en primer lugar, que la geografía de la violencia no cubre homogéneamente ni con igual intensidad el territorio de Colombia en su conjunto, sino que la presencia de la confrontación armada ha sido altamente diferenciada de acuerdo con la dinámica interna de las regiones, las características particulares de la población y las formas de cohesión social, así como con su organización económica, con su vinculación a la economía nacional y transnacional, incluida su relación con el Estado y el régimen político.

En consecuencia, con esa dinámica regional, la violencia ha estado relacionada, en términos políticos, como lo han mostrado trabajos anteriores (véase *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción de Estado*), con la presencia diferenciada y desigual de las instituciones y aparatos del Estado en ella. Esta diferenciación de la presencia del conflicto es en parte producto de condiciones geográficas y demográficas previamente dadas. En ese sentido, es posible diferenciar varias dinámicas geográficas del conflicto armado, una ligada a los problemas de la expansión y el cierre de la frontera agraria, otra ligada a la lucha por el control de los recursos de la región y otra relacionada con la necesidad del acceso al comercio mundial de drogas y armas, aunque, a menudo, estos factores puedan entremezclarse y reforzarse mutuamente. Tomando la clasificación elaborada por Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez, la información expuesta por Reyes permite comprobar, una vez más, esa diferenciación de las dinámicas de la guerra irregular en nuestro país.

Ahora bien, en primer lugar, se destaca el desarrollo de una dinámica de carácter macrorregional, que se expresa en la lucha por corredores geográficos que permiten el acceso a recursos económicos o armamento, lo mismo que el fácil desplazamiento desde las zonas de refugio a las zonas en conflicto. Pero, además de esta lucha por los corredores, la

confrontación armada obedece en ocasiones a una dinámica mesorregional, centrada en la lucha por el control de algunas regiones y subregiones, donde se presenta una confrontación entre áreas más ricas e integradas, o en rápida expansión económica, pero con grandes desigualdades sociales, y zonas de colonización campesina periférica al margen de los beneficios de las zonas en expansión. Y, por último, buena parte de los conflictos se desenvuelve en una dinámica más microrregional, que manifiesta el conflicto dentro de las subregiones.

Finalmente, en el sexto capítulo, elaborado por Francisco Thoumi Jsbún, se hace alusión a un tema en exceso descuidado tanto por la academia como por los organismos gubernamentales, y que, por sus consecuencias, hoy es materia de análisis: la infiltración del narcotráfico y de las dinámicas de la guerra irregular en las fronteras. Uno de los resultados que arroja el informe que conforma el capítulo pone de relieve el carácter distintivo del Ejército colombiano frente a los ejércitos regulares de los países vecinos; el examen de Thoumi indica que, mientras que los países vecinos han tenido una política de fronteras bastante definida, Colombia, por el contrario, se ha caracterizado por la despreocupación en la definición de éstas, lo cual ha tenido efectos nefastos en la política exterior. Una razón de estrategia militar puede explicar este hecho: su preparación ha estado dirigida del todo hacia la guerra de guerrillas.